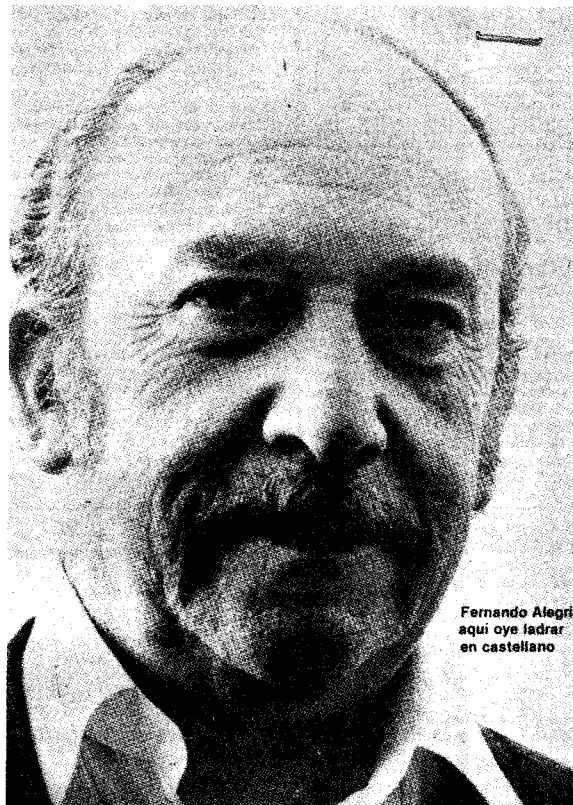


# TENCHA: EL TIEMPO QUE HA VIVIDO



Fernando Alegria  
aquí oye ladrar  
en castellano.

## Fernando Alegria

*Escritor, catedrático de la Universidad de Stanford, Consejero Cultural de la Embajada de Chile en Washington en el gobierno del Presidente Allende.*

A veces alguien golpea a la puerta y, como presintiendo que la persona ha venido de noche porque la empuja un viento de recientes desgracias, me tardo en abrir. Por la mirilla de fierro trato de descifrar qué persona viene a tocarnos, si grande o sencilla, si llega a darnos, quizá, una advertencia: alguna de esas campanillas que suenan agudamente en el oído un rato y se esfuman de repente.

La primera vez que llegó Tencha estábamos debidamente preparados. El golpe militar que derrocó al Presidente Salvador Allende era aún noticia en la primera página de los diarios. Los chilenos de estos barrios donde vivo no se serenaban todavía, continuaban vociferantes y pendencieros, los más duros me llamaban por teléfono y me amenazaban de muerte. Otro, queriendo hacer ostentación de su sobriedad y buen juicio, me había telefoneado para decirme que no era su propósito volarme la cabeza de un fierrazo, "como se dice por ahí", sino, más bien, "agarrarse a puñetes". Nada más. Hacía pocos días me

habían dado un cuadrillazo en una sala universitaria. Hablaba yo sobre mis impresiones del golpe. Vinieron en dos autobuses y llenaron el aula. Me escucharon con ánimo festivo y, al final, sacaron las garras.

Entonces vino Hortensia Bussi. Problema primero: la seguridad. ¡Qué sensaciones traerá esta palabra a mis compatriotas en el exilio! ¡Tanto se usó y abusó de ella! ¡A cuántas comedias se prestó! Medidas iniciales: la señora, dice este amigo experto en artes marciales, necesita protección día y noche. ¡Guardia diurna y nocturna! ¿Un automóvil! Dos o tres, compañero. ¿Quiénes van a manejar? ¿Tiene experiencia ese compañero? No estamos pensando en la carrera de Indianápolis, pues. Experiencia. Seguridad. ¡Ah! Seguridad. ¿A quién debemos llamar? ¿A la policía local? Parece que fuera usted, compañero.

Entonces convocamos a los amigos chicanos expertos en karate, vecinos de la ciudad de San José. Vienen a dar una mirada preventiva a la casa. "Hay demasiadas ventanas". No se me ocurre ninguna sugerencia

cia. "Si pudiéramos tapiarlas". Lo miro como si bajara de una nave espacial. "Los vidrios más grandes se pueden tapar con sábanas". Otro dice: "En el patio de adentro pondremos el perro". ¿Un perro? "Esta perrita tiene mucha experiencia. Tiene dientes y temperamento de piraña". En verdad, la perrita me pareció de dimensiones enanas. Sin embargo, en las dos noches que pasó haciendo guardia se comió todas las molduras de las paredes, ventanas y puertas.

Nadie se acercó nunca, ni con bombas, ni con garrotes, ni petardos. Nadie. Nada. Cuando llegó Tencha pasamos bellas horas rememorando, discutiendo un poco. Ella les habló a los compañeros chicanos, les agradeció su vigilancia, sabiduría y dominio de las artes marciales, los inspiró, sin duda, y siguió su viaje.

Es del viaje que quisiera decir algunas cosas. El exilio, como se sabe, no es un viaje. El exiliado no sale a recorrer el mapa, sino a sentarse en algún lugar y a pensar cómo se puede transformar el mundo desde ese lugar. Ese mundo, para nosotros, es siempre Chile. Al otro lado de la cordillera, nos empinamos un poco, damos unos pasos para tomar perspectiva, lo que miramos y vemos es siempre Chile. A veces nos enojamos y la imagen cobra los relieves que le dan las maldiciones. A la postre, confesamos con una media sonrisa: "No se puede comparar, nómbreme lo que usted quiera. En Chile, eso mismo, será mejor, no mucho mejor, quizá, pero más mejor, sí, eso sí". No sé con precisión cuándo empezó su viaje la compañera Tencha. Probablemente, no al salir de Chile en 1973. ¿Antes? ¿Después? Pienso que no habrá tenido un comienzo preciso. Tal vez, en esos años que parecían tan reales, firmes y cargados de futuro, ella presintió alguna vez que no era un tiempo de verdad quien los hacía, sino un sueño adelantado, imágenes imprecisas, voces y presencias un tanto sueltas y destinadas a sorprendernos.

Los ojos de Tencha llaman la atención. Son grandes. Sí, pero no es esa la razón de la curiosidad que despiertan. Parecen reflejar multitud de luces en un tono violeta. También es cierto. Pero, es otra cosa. Sonríen, o se hacen distantes, o preocupados, hasta duros. Creo que su luz está hecha de un visión de otro tiempo, imagen que no está en las palabras que parecen querer decir, sino en las que no dicen; luz, entonces, que captamos a través de un velo tenue y fino, jamás transparente. El viaje va por ahí, por esa luz de esa irrealidad. Scría fácil decir que ella va buscándose, inclinándose paulatinamente hacia hechos que se evaden, forma indefinible que la alumbra, nos atrae y no se deja plasmar. Para mí, que he conocido a Tencha en etapas, nunca de un modo permanente, ella parece hecha a imagen y semejanza de ese viaje inconcluso. No llegué a conocerla bien en el Instituto Pedagógico donde estudiamos. No participaba ella de la intimidad bohemia que presidía Pedro de la Barra y que compartimos historiadores, matemáticos, lingüistas, actores y cantores. Ella aparecía y desaparecía. No voy a decir que volaba demasiado alto para nosotros. Pero, algo de eso había. Otras compañeras fueron reinas de belle-



za, campeonas de tenis, actrices del Experimental. Tencha era la más hermosa. Lo decían todos.

Un día se casó con Salvador Allende y no la vimos ya por el Pedagógico. Estudió la ciencia de clasificar libros y trabajó como bibliotecaria. Ella ha contado su primer encuentro con Allende: la población de Santiago huía del terremoto de 1939 que destruyó gran parte del sur de Chile. Ella salió del Teatro Santa Lucía; Allende venía corriendo desde la sede de su logia masónica. En la calle, en el ambiente de pánico, se encontraron. Amigos comunes los presentaron. Un día, el terremoto convirtiéndose en matrimonio.

Tiempo después la vi en las campañas. La visité en su casa. Compartí la mesa de los Allende con Manuel Rojas, Augusto Olivares, Isabel Letelier, con pintores, poetas, políticos, diplomáticos.

No eran del todo apacibles las veladas, no podían serlo. La lucha política siempre creaba una tensión tácita. Los días iban haciéndose cada vez más difíciles.

Yo sentía la desazón de mis idas y venidas. No estar en Chile era angustioso para mí; estar en Chile me desconcertaba. Siempre venía de paso y de paso me consideraban. Alguien dijo una vez que yo llegaba montado en mi caballo blanco —González, el *Caballo de copas*—, pero la desazón vencía todo pasajero sentido de triunfo. Querer y no poder, se llamaba la tonada.

En la campaña del 70 observé que Tencha se había transformado. La ví en las proclamaciones de plazas y teatros. La distancia entre la plataforma y el auditorio se acortaba borrándose esa especie de frontera invisible que ella creaba antes de entrar en confianza con las gentes. Su discurso político se había orientado firmemente dentro del lenguaje de la vida chilena hacia el socialismo. La veía más segura de sí misma. La escuché varias veces. Salvador se sentía a gusto con ella, juntos representaban una dedicación profunda, una militancia sin vacilaciones.

Después del 70 dejé de verla. Se la llevó la campaña. Su viaje se aceleraba por cauces amplios, muy lejos de mis barrios universitarios y literarios. Había cambiado su vida de Guardia Vieja al teatro del mundo. Pero, un día tuve un llamado de Santiago. Orlando Letelier, embajador de la Unidad Popular en Washington, me ofrecía el cargo de Consejero Cultural. Acepté de inmediato. Qué duda cabe: la compañera Tencha habrá sugerido mi nombre. Le escribí, hablé con ella por teléfono para consultarla. En mis siguientes viajes a Chile la visité en La Moneda y en Tomás Moro. Una vez, en el Cerro Castillo, en Viña.

El cambio, supongo, empezó mucho antes y habrá sido gradual; de pronto, me pareció definido con firmes relieves. Tencha había encontrado un camino que no es común: en la acción descubrió paz interior, un hermoso balance que serenó su actitud y afirmó su postura ideológica con cierta armoniosa y suave, pero resuelta certeza. Desde lejos vi como trabajó para la construcción del gran Museo de la Solidaridad.

Dos recuerdos muy vivos: en mi visita al Cerro Castillo me encontré una colonia de niños nortinos que

pasaban sus vacaciones en el palacio a invitación del compañero Presidente. Era el premio a sus buenos estudios, Tencha me sugirió que tomara desayuno con ellos y les hablara. Me levanté temprano y fui a su comedor. Jóvenes marineros servían la mesa. Después del desayuno salimos todos al jardín. Un helicóptero de la Fuerza Aérea había aterrizado en un claro espacioso entre los eucaliptus y los pinos. De pronto, apareció el Presidente acompañado de sus edecanes. Se le veía fresco, recién peinado y contento. Los niños se adelantaron a rodearlo. Le tomaron las manos y Allende, en tono de broma, les preguntaba que habían hecho el día anterior, si habían aprovechado bien su tiempo, qué iban a hacer esa mañana. Le contaron que iban a visitar una fábrica de dulces. Allende les contó que partía rumbo a Santiago. Se despidió de ellos y subió ágilmente al helicóptero. Dando colazos y zumbando estruendosamente el helicóptero levantó el vuelo y se alejó ganando altura sobre los árboles y los cerros.

Me quedó una sensación de bienestar, pensé que la sonrisa de Allende en su rostro rojizo y arrugado era augurio de tranquilidad casera y familiar, que esos marineros y sus guardias personales, nosotros y los niños habíamos creado ya algo en común, algo que duraría un largo tiempo y que nos protegía en esta mañana de aire limpio y frío, a la luz de un mar azul y de un cielo alto y transparente. Era bueno ser parte de un país que levantaba vuelo, que no se perdía en utopías, sino que volaba derecho a la quemada, donde se iban a hacer cosas que para los chilenos hasta hoy no eran sino sueños.

Mi otro recuerdo data de Tomás Moro. Una mañana de abril de 1973 la secretaria de Tencha me



*Tencha, María Isabel y Fidel Castro.*



*Rodomiro Tomic, candidato de la Democracia Cristiana reconoció el triunfo de Salvador Allende. En la casa de Hortensia y Salvador.*

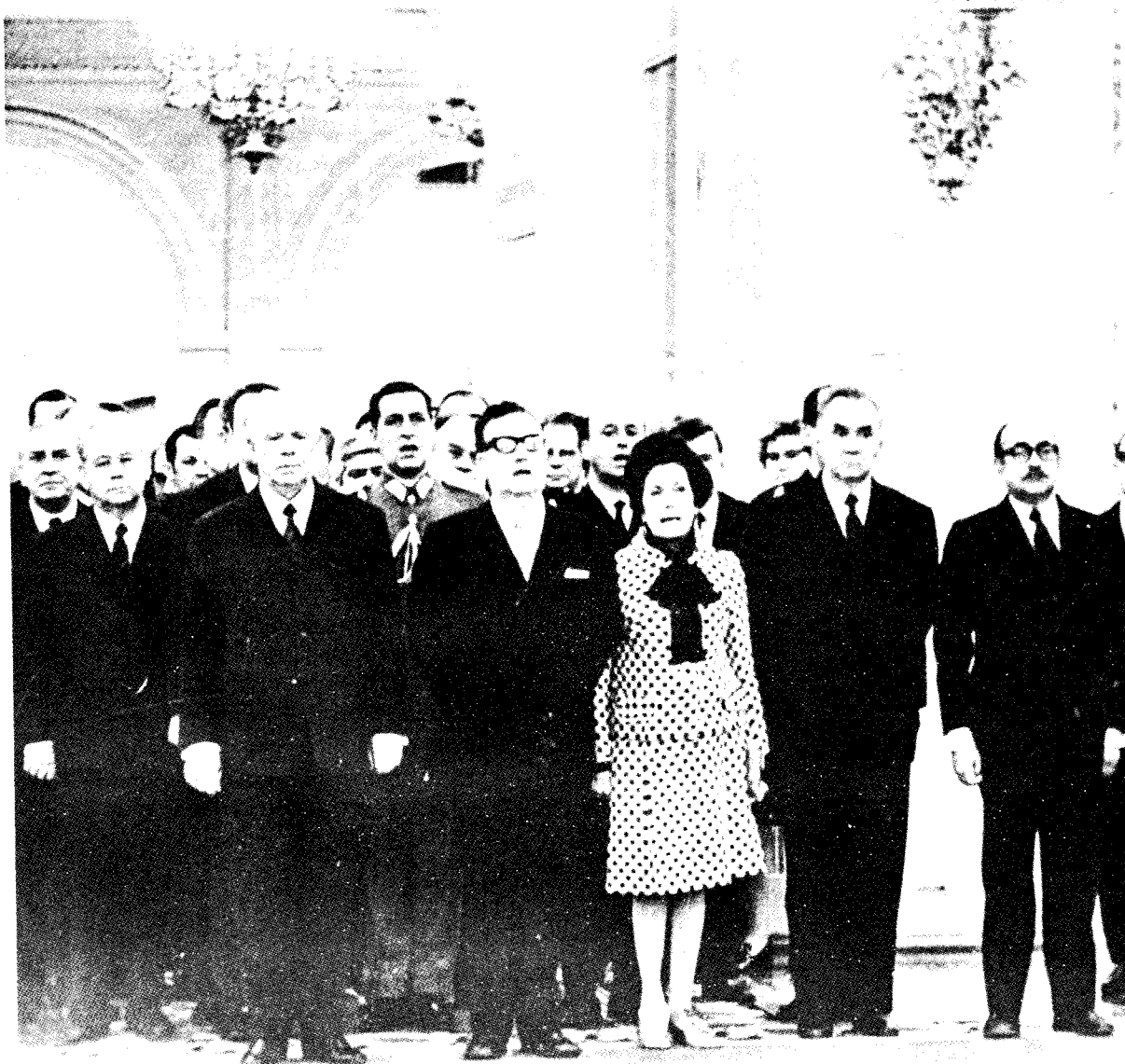
llamó por teléfono para invitarme a almorzar en La Moneda. Vendrá Cortázar, me dijo. Me quedé con la boca abierta. Cortázar vivía en París. ¿Cuándo había llegado? ¿Por qué así tan de repente? Yo no lo conocía en persona. Fui a La Moneda pensando que se trataba de un error. En el despacho de Tencha me encontré con el doctor César Oecchi. Éramos los únicos invitados. Al poco rato entró Cortázar. Lo miré para arriba asombrado. Era un gigante, un gigante muy suave y bondadoso. Nos tomamos una fotografía. Tencha estuvo muy contenta durante el almuerzo. Cortázar contó que había manejado su automóvil por un camino a desmano en las cercanías de Quintero y se había perdido. Unos jóvenes de la TV llegaron a entrevistarle. Le preguntaron que hacía en Chile: "Vine a celebrar con los chilenos el triunfo en las recientes elecciones", dijo.

Cuando salimos del comedor apareció en el pasillo el Presidente Allende y saludando a Cortázar con mucho afecto dijo: "Esto debemos seguirlo en mi casa mañana a la hora de comida", Clodomiro Almeyda estaba a su lado.

No olvidaré nunca esa comida. Fue la última vez

que vi a Salvador Allende. Era una mesa familiar. Tencha había invitado a los Embajadores de Cuba y del Perú con sus hijos. Yo fui acompañado de mi hija Isabel. La conversación fue íntima, risueña, hubo un brindis. Después de los postres fuimos a la biblioteca y, en un momento oportuno, le conté al Presidente que esa tarde había visitado a Manuel Rojas, que estaba enfermo de gravedad, que su hija me había dicho "no dura más de unos días", que Manuel me había hecho una confidencia: diciendo "de esto no me voy a morir", añadió: "Quisiera que el compañero Presidente me nombrara cónsul, a todos los han nombrado, menos a mí". Le pregunté dónde quería ser Cónsul. "En Bulgaria", me respondió. Mi hermano Julio era entonces embajador en Sofía. Yo sabía el cariño que Manuel sentía por él. Comprendí por qué en ese amable sueño y desvarío postrero Manuel pensara en mi hermano y en tantas veladas felices que pasáramos en su casa de Ñuñoa, con Sarita, su mujer, y mi otro hermano, Santiago, el pintor. ¡Tantos amigos bajo el parrón de los Alegria! Atahualpa Yupanqui, Violeta Parra, Patricio Manns, Valentín Trujillo, Hernán Cañas...

Allende escuchó con atención y dijo: Lo



*Presidente Allende y Tencha en la URSS; diciembre de 1972. En el primer plano el Presidente Podgornik, el canciller Gromyko y el canciller chileno Clodomiro Almeyda.*

nombraremos mañana mismo". Desde lejos, Cortázar observaba en silencio. "Doctor Cecchi, llamó el Presidente, vamos a nombrar a Manuel Rojas cónsul en Sofía, usted se encarga de que este nombramiento se haga. ¿De acuerdo?", Cecchi cumplió, como siempre.

Cuatro días después el Presidente Allende asistió a los funerales de Manuel Rojas, cónsul de Chile en Bulgaria para la eternidad.

¿Qué tiene que ver todo esto con Tencha? Mucho, en diversos modos, Tencha fue siempre el enlace entre los escritores y artistas con el gobierno de la Unidad Popular. Por eso, cuando Humberto Díaz Casanueva recibió el Premio Nacional de Literatura lo donó in-

mediatamente al comité que Tencha presidía para la protección de la infancia en Chile. Y por eso Gonzalo Rojas fue Agregado Cultural en China y José de Rokha en México y yo en Washington.

Ahora, la escucho hablando frente a estas gentes tan desconcertantes, a lo largo y ancho de los Estados Unidos. En el escenario se ve tranquila, un poco ausente, frágil. Habla con autoridad; el énfasis va creciendo poco a poco, parece emanar de los datos estadísticos, no de opiniones políticas. Al referirse a Pinochet su voz adquiere un tono cortante y duro. Voy siguiendo sus razonamientos con gran cuidado. Quiero saber qué la mueve, cómo puede mantener este tren

de intensa actividad, este viaje ininterrumpido, sin flaquear nunca, sin dar señal alguna de quebrarse. Me sorprenden varias cosas: su profundo apoyo a la iglesia chilena en su defensa de los derechos humanos; su firme oposición a la confrontación violenta en nuestro país —claro eco de un íntima convicción de Salvador Allende—, y su alegato en favor de la movilización social y la desobediencia civil ante los abusos de la dictadura; su llamado ferviente a la unidad de la oposición, y su voluntad de escuchar, considerar y aceptar posibles alianzas con grupos de posición democrática aún dentro de los partidos tradicionalmente de centro y derecha.

Seguí con interés sus argumentos sobre el problema de la deuda externa latinoamericana. Uno piensa: las cifras son fáciles de obtener y pueden manipularse con criterio político. Pero, no es éste el caso aquí. Tencha convence con la fuerza de su propio convencimiento. Sus premisas básicas son: la deuda es *immoral*, fue obra de gobiernos entreguistas y dictatoriales que se endeudaron para armarse hasta los dientes en desmedro del presupuesto de bienestar social, para declarar guerras contra el pueblo y perfeccionar métodos de coerción, para pagar intereses que, en verdad, constituyen una exportación de capital. ¿Es necesario continuar pagando estas deudas? Si se pagan, dice, ha de ser siguiendo normas que defienden

el patrimonio económico nacional, no la sumisión a las órdenes de los prestamistas multinacionales. ¿Cómo puede explicar el gobierno norteamericano una política hacia Chile por medio de la cual se le prestan a la dictadura los millones de dólares anuales necesarios para servir los intereses de la deuda externa? Su argumentación coincide con la de líderes como Alán García, Alfonsín, Sarney. Escuchándola, pienso en la profundidad y la fuerza del golpe de estrategia política lanzado por Fidel Castro contra la estructura en apariencia monolítica del frente económico norteamericano. Ni los dirigentes del FMI, del Banco Interamericano, del Club de París, todos intocables e imperiales, jamás pensaron que la rebelión vendría tan repentinamente y sobre bases ideológicas tan audaces.

Tencha habla sobre "la nueva democracia latinoamericana". Una vez más su voz se torna filosa al pronunciar los nombres de los enemigos inveterados: Nixon, Kissinger, Reagan. Evoca el interés inusitado de los jóvenes que hoy estudian la lección de los mil días del gobierno de la Unidad Popular y salen a las calles a combatir la dictadura y a exigir un retorno a la democracia *ahora*.

Observo los rostros de esta gente norteamericana, su silencio y su amable atención. Llegará el momento en que tal vez se pongan de pie y aplaudan con más respeto que entusiasmo. ¿Qué aplauden? La hechura



de una leyenda que su gobierno contribuyó a dar forma tratando de aplastarla, aplaudían el vigor y la resistencia de un pueblo pequeño encarnado hoy en esta mujer de temple indestructible, de actitud digna, de antigua y venerable prosapia, esta mujer que inteligentemente lleva por el mundo la imagen del hombre combatiente, del humanista sabio y bondadoso, para anunciar la liberación de la nación chilena.

Caminamos por un jardincillo de rosas donde hay una gruta y cuelgan los jazmines. Más allá esperan las cámaras de televisión.

—Tencha —le digo— ha de ser una emoción extraña sentir que al término del viaje es usted ya quien muestra el camino como un auténtico líder de la Resistencia.

—¿Líder? No —me responde con suave firmeza. No soy líder. Ese viaje ha sido lento y duro, me ha enseñado mucho. Un necesario aprendizaje en que una absorbe la tenacidad y la energía de los demás, en él se aprende quizá a no perder el camino por el esfuerzo mismo con que avanzamos. No hay ni tiempo ni condición para equivocarse. He seguido y sigo bajo el impulso del movimiento que orientó Salvador Allende. ¿Sabe usted, compañero? Muchas son las ocasiones en que siento y sé que la tarea supera en mucho mis capacidades; entonces, en momentos de duda, tengo una fe muy cierta y muy fuerte que Salvador está en alguna parte, cerca de mí, dándome protección y

valentía. No me abandona. Usted dice "líder". No quizá yo sea un pequeño símbolo de la mujer que lucha y no perderá nunca sus esperanzas, de los hombres y mujeres que no han perdido ni perderán jamás su patria. Porque usted lo sabe tan bien como yo: éste es un viaje de vuelta.

Ahora estamos en el escenario de la Universidad de Santa Clara. Cuando ella termina de hablar suben unos hermosos niños vestidos de huasos; le llevan rosas y claveles rojos, la besan y le sonríen. Han bailado un curiosa cueca que aprendieron en el exilio. Vienen del Valle de Salinas, de las barriadas de San José y Milpitas, de los muelles y caletas de Monterrey.

Otros días aparecerán otros niños en Oregon y en Seattle, en las estepas de Michigan y Ohio, junto al lago de Chicago, en las playas doradas de Nueva Inglaterra, en el país de acero y vidrio, de cemento y bruma de Manhattan. Los norteamericanos sonreirán, algunos con fe, otros sin comprender del todo, la mayoría con respeto y admiración.

Tencha camina entre las filas de jóvenes, llevando sus flores hacia una noche luminosa y cálida, noche densa en medio de gigantescos redodendros, lilas, azahares y madre selvas. Vamos hacia un refugio de madera en un bosque de pinos. Allí la esperan los chilenos. Le han preparado un caldo de cholgas y una corvina escabechada. Tencha se vuelve hacia mí y me dice: "¿A dónde vamos mañana, compañero?"

Yo la miro asombrado.

